

Pr. C. Harinck
Lectura: Hechos 16:1-15

Salterios:

Primer: 268:1-4

Segundo: 213:1-2

Tercer: 124:1-5, 9

Cuarto: 381:1-2

Último: 174:3

Introducción.

Congregación,

En 1 Reyes 19, leemos que Dios mandó a Elías que se colocara en el monte Horeb, donde prometió enseñarle. Elías, desanimado y sintiéndose solo, había dicho: *“sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida”* (1 Reyes 19:10). Se quejaba de que Israel no podía ser convertido.

Sin embargo, el Señor se manifestó y enseñó a Elías. Primero, un gran y poderoso viento rompió las piedras. Luego, un terremoto hizo temblar toda la montaña. Elías pensó que eso era lo que Israel necesitaba: un terremoto. Pero el Señor no estaba ni en el terremoto, ni en el viento, ni en el fuego que siguió.

Finalmente, llegó un silbo apacible y delicado. Ahí estaba el Señor. Así es como el Señor realiza Su obra: no por fuerza, ni por ejército, sino por Su Espíritu.

Hoy queremos reflexionar sobre un ejemplo de esto con la ayuda del Señor. Nuestro texto es Hechos 16:14.

Texto: Hechos 16:14

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, escuchaba; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.”

Tema: La conversión de Lidia

1. El corazón de Lidia antes de su conversión
2. El corazón de Lidia en su conversión
3. El corazón de Lidia después de su conversión

Primer pensamiento. El corazón de Lidia antes de su conversión.

Pablo y Silas, Lucas, y el joven Timoteo llegaron a Europa de una manera maravillosa. El Espíritu Santo les prohibió predicar la Palabra en Asia Menor, y al intentar hacerlo en Bitinia, tampoco se les permitió. Aunque estamos curiosos por los detalles de cómo ocurrió esto -algunos sugieren que un terremoto pudo haber destruido los caminos, dado que la región es sísmicamente activa; otros creen que hubo una guerra en la zona -sin embargo, lo que es claro es que el Espíritu Santo les reveló que no debían ir en esas direcciones. En lugar de ello, fueron guiados a Troas, una ciudad costera en el Mediterráneo.

Esa noche, Pablo tuvo un sueño en el que vio a un hombre clamando: *“Pasa a Macedonia y ayúdanos”* (Hechos 16:9). Entonces, todo encajó. Comprendieron por qué el Señor no les permitió ir a las otras regiones: Dios quería que fueran a Europa, específicamente a Filipos en Macedonia.

Obedecieron la visión celestial y cruzaron el Mar Egeo para llegar a Grecia. Así, por primera vez, caminaron por Europa hasta llegar a Filipos. Aunque Filipos estaba en Grecia, era una ciudad romana, como lo indica el término “colonia” en el versículo 12. Esta designación, de una ciudad romana en medio de Grecia, tenía una historia: César Octaviano, conocido como Augusto en Lucas 2, derrotó a los rebeldes generales Bruto y Casio en una batalla importante. Por la lealtad de la mayoría de los soldados romanos, logró ganar la batalla. Para recompensar su lealtad, Octaviano convirtió Filipos en una colonia romana, asignando el territorio a soldados veteranos que se retiraban. Así, Filipos, aunque situada en Grecia, se convirtió en una ciudad plenamente romana. Pablo y sus compañeros llegaron a ese lugar y, a través de Filipos, el evangelio entró en Europa.

Leemos en el versículo 13: *“Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido.”*

Es importante conocer la historia detrás de esto también. Pablo y sus compañeros estaban buscando oportunidades para predicar el evangelio en Filipos. Su estrategia habitual era comenzar en la sinagoga, como lo mandó el Señor: *“primero el judío, y luego el griego”*. La sinagoga era el punto de partida para proclamar que Jesús era el Mesías prometido. Pero en Filipos no había una sinagoga. Según el Talmud, se necesitaban diez judíos circuncidados, mayores de doce años, para formar una sinagoga. En Filipos no había tal número.

Sin embargo, había mujeres judías casadas con soldados romanos que querían mantenerse fieles a su religión, a pesar de la ausencia de una sinagoga. Estas mujeres se reunían ahí para realizar las rituales frecuentes de limpieza en un lugar junto al río, (que ofrecía agua viva, es decir agua que fluía), para las purificaciones necesarias según la ley judía. También se reunían

para orar como leemos en los Hechos. Y es muy probable que también para leer los rollos de los profetas. Así en el Día de reposo tenían alguna forma de reunión sagrada.

Pablo y sus hermanos oyeron hablar de estas reuniones y decidieron ir allí un sábado para dirigirse a las mujeres. Ellos hablaron con las mujeres. Obviamente esto no fue una charla acerca del tiempo o de los cultivos u otros negocios. No, hablaron con ellas acerca del Señor Jesús. Que el esperado y prometido Mesías había venido. Que Jesús de Nazaret era ese Mesías. Les informaron que los judíos lo habían crucificado, pero que Dios lo había resucitado. A través de Su resurrección Dios claramente mostró que Él era el Mesías prometido. Llevaron a las mujeres el mensaje divino del arrepentimiento y la fe en Jesús para recibir la vida eterna.

Congregación, es un mensaje de lo que no se puede esperar mucho. Es un mensaje raro y resistente, especialmente para judíos. ¿Su Mesías sería un Mesías crucificado? Resultaba una ofensa para ellos. Sin embargo, este mensaje produjo fruto. Había una señora que se tomó en serio lo que Pablo dijo. Leemos en el texto, vs 16 *“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.”*

Dios bendice la palabra predicada al corazón de una señora. Sabemos detalles importantes sobre ella. El Espíritu Santo dejó escrito en la Biblia *quien* llegó al arrepentimiento, y *cómo* llegó al arrepentimiento.

Primero, leemos sobre quién llegó al arrepentimiento y a la fe en Jesús como el Mesías. Su nombre era Lidia. Nos es revelado su nombre y también su profesión: ella era vendedora de púrpura, originaria de la ciudad de Tiatira. Es probable que proviniera de la región de Lidia, una provincia en Asia Menor, actualmente Turquía. Lidia era una comerciante y dirigía una empresa. En español, se traduce como *“vendedora de púrpura”*, pero la palabra griega utilizada, que se traduce como *“vendedora”*, literalmente significa *“gerente de negocios”*.

No se menciona nada sobre su esposo, pero es evidente que ella estaba a cargo de una empresa que comercializaba púrpura. Provenía de Tiatira, una ciudad conocida por la producción de caracoles púrpuras, que se utilizaban para extraer un tinte rojo intenso. Este tinte se recogía de la glándula de un caracol púrpura y se usaba para teñir las prendas más caras, especialmente las capas. Estas capas de color púrpura eran muy apreciadas entre los ricos, especialmente entre los oficiales romanos.

Así, Lidia estaba inmersa en el negocio de ropa púrpura. Estas capas eran costosas y sólo podían ser adquiridas por personas de alta distinción. Por ejemplo, en Lucas 16, leemos sobre el hombre rico que no sólo disfrutaba de banquetes diarios, sino que también *se vestía con ropa de púrpura y lino fino*.

Se comprende entonces por qué Lidia residía en Filipos y mantenía su negocio allí. Filipos era hogar de oficiales y veteranos romanos que deseaban los productos que ella ofrecía. Ellos usaban ropa fina y lujosa, lo que hacía de Filipos un lugar ideal para su comercio.

Se dice más sobre Lidia. Leemos en la Escritura que ella *adoraba a Dios*. Aunque era una pagana desde su nacimiento, ya creía en el Dios de Israel y lo adoraba como el único y verdadero Dios, el Creador del cielo y de la tierra. En el libro de los Hechos, encontramos a más gente parecida. En Hechos 13, leemos que en Iconio había *mujeres piadosas y distinguida*. La palabra *piadosa* indica que ellas vivían de acuerdo con las leyes judías. Ya no creían en los dioses paganos, sino en el Dios de Israel como el Único verdadero Dios y Creador del cielo y de la tierra. Visitaban las sinagogas y les era permitido congregarse en el llamado "atrio de los gentiles" para observar y participar en el culto.

Parece que había muchas personas así en Asia Menor, y según nuestro texto, también había en Grecia: mujeres y hombres de origen gentil que se asociaban con los judíos. Tal era Lidia. Ella ya no ofrecía sacrificios a los dioses de su pueblo ni asistía a templos de ídolos. Servía al Señor y lo adoraba. Vivía conforme a los Diez Mandamientos y se esforzaba por cumplir las demás leyes de Moisés. También participaba en los rituales de limpieza que se exigían a las mujeres judías. Por eso se encontraba junto a las demás mujeres al lado del río para lavarse y orar. Una de esas oraciones era: "Que tu Príncipe, Mesías, venga." Y también leía junto con ellas los rollos de los profetas.

Cuando Pablo y sus compañeros llegaron al lugar, comenzaron a dialogar con estas mujeres. Hablaban sobre el Señor Jesús. Y es entonces que leemos acerca de Lidia en nuestro texto: *"y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía."* Al mencionar a Pablo, Lucas nos indica que él era el líder del grupo. Esto se hace cada vez más evidente en el libro de los Hechos. Aunque todos los hombres hablaron con las mujeres, Pablo actuó como el líder y principal predicador.

Y entonces leemos acerca de la conversión de Lidia. Es notable como se describió esa conversión: *"y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía."* Fue una conversión sin mucho ruido y sin grandes sensaciones, una conversión muy silenciosa y tranquila. Así se caracteriza la conversión de Lidia. Su conversión consistía en que el Señor abrió su corazón. ¡Tranquilo, sencillo, y sin embargo una gran obra divina!

Abrir el corazón de un pecador al evangelio es una obra que solo la intervención celestial puede realizar. Esto también cumple una promesa: *"Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne"* (Eze. 36:26).

so sucedió con Lidia. Aunque se describe con palabras sencillas, ¡era una obra poderosa! Los Cánones de Dort se refieren a ello diciendo: *“Es una operación totalmente sobrenatural, poderosísima ... no es menor ni inferior en su poder que la creación.”* Su corazón se abrió, lo que implica que antes estaba cerrado, tal como todos nuestros corazones por naturaleza.

Lidia era una mujer piadosa. Sus ojos ya habían sido abiertos para ver que los dioses paganos eran falsos dioses y que solamente el Dios de Israel era el verdadero Dios. Ella honraba la Ley de Moisés y participaba en los rituales de purificación. Podríamos llamarla una mujer seria y piadosa, temerosa de Dios. Y aun así, su corazón necesitaba ser abierto. Así, congregación, podemos ser personas serias, confesando una doctrina pura, y aún así tener un corazón cerrado a Dios, a Su Palabra y, especialmente, al mensaje del evangelio de Jesús crucificado.

Tal corazón está cerrado con llave ante el mensaje del evangelio. Así es el corazón del hombre caído. Leemos en 2 Corintios 3 que, al leer las Escrituras, hay un velo sobre el corazón de los judíos. Aunque leen el Antiguo Testamento, su corazón está cerrado a ello. ¡Así es con todos nuestros corazones! Por naturaleza, están cerrados a la Palabra del Señor. La Biblia menciona varias cosas que cierran nuestro corazón al evangelio:

Incredulidad: Uno de los factores que cierra nuestro corazón al evangelio es la incredulidad. Esta puede manifestarse de manera flagrante, ridiculizando la Biblia y a Jesús. Sin embargo, también existe una forma de incredulidad más piadosa que dice: “Creer es algo que Dios debe dar; conversión es algo que Dios debe hacer. Yo no puedo hacerlo, así que tengo que esperarlo nomás”. Así queda cerrado el corazón a la Palabra de Dios y al evangelio de un Jesús crucificado.

Orgullo: La Biblia también menciona el orgullo del hombre como una causa significativa del corazón cerrado. La enseñanza humillante del evangelio enfrenta y desafía el orgullo del corazón humano. Porque el evangelio revela que nuestras justicias son como trapos de inmundicia y que solo por gracia podemos ser salvos.

Falta de voluntad: Otra razón por la cual el corazón permanece cerrado es la falta de voluntad. El ser humano fue creado de tal manera que nada puede entrar en el corazón sin antes pasar por la puerta de la voluntad. Esta puerta, en nuestra condición caída, está corrompida y se muestra reacia a recibir las buenas nuevas. La falta de voluntad de ser bendecido por gracia y permitir que el evangelio reine en nuestra vida mantiene el corazón cerrado a Dios, a Su Palabra y al evangelio.

Amor al mundo: En las cartas de Juan se aborda otra causa de un corazón cerrado: el amor al mundo. Juan escribe que, si este amor por el mundo domina a una persona, entonces el amor

de Dios no está en ella. Entonces la puerta del corazón está cerrada al amor de Dios porque está aferrado a las cosas del mundo.

Ignorancia: Finalmente, la ignorancia es otro factor que mantiene el corazón cerrado. El diablo trabaja para mantener a la mayor cantidad de personas posibles en la ignorancia sobre Dios y el Señor Jesús. Aunque la obra misionera ha llevado el conocimiento de Cristo a muchas partes del mundo, aún existen aquellos que nunca han oído hablar de Él. Esta ignorancia cierra el corazón y lleva a la perdición eterna, haciendo que la labor misionera sea tan indispensable y necesaria. ¡Conmovedor!

Por naturaleza, la puerta de todos los corazones está cerrado con la entrada bloqueada. No queremos que Dios sea nuestro Rey. Juan expresa esta realidad en su evangelio de manera que debería resonar profundamente en todos nosotros. Escribe: *“que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”* (Juan 3:19). Entonces la principal razón de nuestro corazón cerrado es que amamos más las tinieblas que la luz. La luz revela nuestras malas obras.

Un corazón cerrado. Es una consecuencia de nuestra caída. Mantenemos a Dios fuera de nuestra vida y rechazamos Su autoridad como Rey. Cerramos la puerta de nuestro corazón para que la Palabra de Dios no pueda penetrar. Nos volvemos expertos en evadir las demandas de la Palabra de Dios, a menudo de maneras que parecen piadosas. Sin embargo, en el caso de Lidia leemos: *“Y el Señor abrió el corazón de ella...”* En nuestro segundo pensamiento, nos centraremos en este punto.

Nuestro segundo pensamiento. El corazón de Lidia en su conversión. Es tan sencillo y, al mismo tiempo, una obra tan grande y poderosa: *El Señor abrió su corazón*. A primera vista no es algo tan especial. Uno casi lo lee sin darse cuenta de ello, tan ordinario parece. ¡Pero cuán sobrenatural y divino es! Dios abrió su corazón.

El texto es claro al respecto: el Señor lo hizo. Si pudiéramos leer en griego, veríamos la palabra "Kyrios" donde dice "Señor". No cualquiera llegaba a ser llamado Kyrios; para ostentar ese título, uno primero tenía que ganar una batalla, convertirse en un gran vencedor. César deseaba ser llamado Kyrios, Señor. Era necesario llevar incienso a su estatua y declarar: *“César es el Señor; César es el Kyrios, el Gran Vencedor”*.

En nuestro texto, se usa la palabra Kyrios. El Señor Jesús es el Kyrios, el Gran Vencedor sobre Satanás, la tumba y la muerte. Él abrió el corazón de Lidia.

Vemos cómo ocurrió esto. Ella estaba escuchando y prestando atención a lo que Pablo decía. La frase *“estuvo atenta”* indica que valoraba y apreciaba lo que Pablo estaba comunicando, y

por eso lo consideraba seriamente. No lo ignoró; sintió que estos hombres tenían algo importante que decir. Lo estimó según su verdadero valor y se esforzó por comprender bien la Palabra.

Esto también lo vemos en Lucas 24, cuando el Señor se aparece por primera vez a Sus discípulos: *“Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”* (Lucas 24:45).

Ahora podemos considerar esto en el caso de Lidia. Ella prestó atención a las palabras que Pablo estaba diciendo; las valoró y consideró importantes.

El mensaje era que el esperado Mesías había llegado, que Jesús de Nazaret era ese Mesías, que los judíos lo habían crucificado, pero que Él había resucitado de entre los muertos, demostrando con ello que Jesús es el Redentor prometido. Lidia se tomó este mensaje en su corazón.

Y entonces, que todo aquel que en Él cree recibirá vida eterna. Su corazón fue abierto por ese mensaje. Tan abierto que no solo prestó atención a ello, sino que se tomó el mensaje en el corazón y lo abrazó por fe.

La carta de Santiago ofrece un pasaje que ilustra esto de manera clara, aunque es un texto que puede no ser tan frecuentemente predicado. Santiago amonesta a sus lectores que presten mucha atención al mensaje del evangelio. Dice en San. 1:21: *“recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.”*

La palabra fue implantada en el corazón de Lidia de manera tranquila y sin ostentación. Aunque la transformación en su corazón no fue espectacular ni visible para los demás, Dios obró en ella. La Palabra se implantó en su corazón; ella la recibió, la atesoró y la abrazó por fe. El Evangelio encontró un lugar en el corazón de Lidia.

Así es la obra del Espíritu Santo: Él remueve todos los obstáculos. Sin duda, había obstáculos en Lidia también. Ella había escuchado de los judíos un Mesías en gloria terrenal, un Mesías entronado que reinaba sobre todos los pueblos. Sin embargo, Pablo le habló de un Mesías crucificado que había resucitado de entre los muertos. A pesar de estos obstáculos, Dios aseguró que esta Palabra fuera implantada en su corazón, para que aceptara el mensaje.

Lidia no rechazó el mensaje; lo recibió y comprendió que era el único camino para la salvación de la ira de Dios por el pecado y para la vida eterna. Entendió sobre todo que Jesús era el Salvador que ella necesitaba, el Único Nombre dado a los hombres por el cual también ella debía ser salva. Su corazón entero se abrió para ello. Habría ido tal como los viajeros a Emaús,

de quién leemos: *“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”* (Lucas 24:32). Lidia abrazó el Evangelio, las buenas nuevas del crucificado y resucitado Señor Jesús.

Congregación, vemos aquí la obra escondida del Espíritu Santo, una obra que continúa hasta el día de hoy. El texto describe a una mujer específica, pero el mismo principio puede aplicarse a cualquier hombre, mujer, niño o niña.

Con tal persona ocurre algo en un culto de adoración. Dios abre su corazón, para que preste atención al Evangelio. De repente usted experimenta el poder del mensaje de Dios, escuchando de una manera distinta. No puede olvidar lo que ha escuchado, y el mensaje entra en el corazón y comienza a transformar su vida. Esta obra es tan grande y maravillosa que nuestros antepasados la describieron como no inferior a la obra de la creación misma.

Ellos también describen lo que es esta obra (Cap. III y IV, Artículo XI): *“Él abre el corazón que está cerrado; Él infunde en la voluntad propiedades nuevas, y hace que esa voluntad, que estaba muerta, revive; que era mala, y se hace buena; que no quería, ahora quiera realmente; que era rebelde, se haga obediente.”* ¿No es eso una gran obra, congregación? ¿No es una obra celestial, mucho más allá del poder humano?

Dios realizó una obra divina en el corazón de Lidia. *“El Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.”* Ahí comienza la conversión, con atención prestada al mensaje proclamado.

Sin embargo, podría preguntarse si esta obra no comenzó mucho antes, dado que Lidia ya era una mujer que adoraba a Dios. Ella había reconocido que sus dioses eran falsos y había aceptado al Dios de Israel como el Único y Verdadero Dios. Había aprendido sobre Jehová, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Adoraba a este Dios y observaba Sus leyes y rituales de purificación.

Sí, esto es cierto. Pero, a pesar de todo, una persona puede mantener el corazón cerrado. Por otro lado, son cosas que pueden mencionarse. Los teólogos antiguos, como Voetius en los Países Bajos –(que dirigía el seminario reformado durante años)- o los predicadores puritanos, hablaban de *preparaciones para el nuevo nacimiento*. Aunque esto puede sonar como herejía para un oído reformado, no era así para ellos. No querían decir que el hombre se prepararía para la salvación de manera que Dios la realizaría con menos esfuerzo, ni que el hombre podría otorgarse la gracia por sí mismo. Más bien, indicaban que Dios utiliza diversos caminos para llevar a los pecadores al nuevo nacimiento.

Calvino también aborda este tema. Él dijo: Dios obra inquietud y preocupación para el destino eterno; Dios trae sufrimiento y problemas y preocupaciones en la vida de un hombre. Da preguntas al hombre en el corazón como: “¿Quién soy? y ¿A dónde voy cuando muera?” Esto puede incluir enfermedades graves o muertes que despiertan a las personas a la realidad de su vida y muerte.

Calvino entonces afirmó que Dios lleva a alguien “al campo de interés”. Esto significa que Dios hace que las personas tomen sus Biblias, asistan a cultos y oren. Dios prepara, como si fuera, el corazón. No es aún la verdadera apertura del corazón, pero son las interferencias de Dios, la obra común del Espíritu, para llevar a los pecadores hasta un punto como el de Lidia.

Aunque Lidia había comenzado a adorar al Dios de Israel, su corazón aún no estaba abierto. Sin embargo, en ese Día de Reposo junto al río, cuando Pablo y sus compañeros llegaron con un nuevo mensaje, su corazón fue abierto. Cuando Pablo habló sobre Jesús el Salvador, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, cuando habló del Único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, entonces el corazón de Lidia se abrió para el evangelio. Así, ella se convirtió en cristiana. Pero el Señor la había guiada a ese punto.

Lidia prestó atención a lo que Pablo decía. ¿Qué mensaje predicó Pablo? Pablo, que había aprendido que la salvación no se logra mediante buenas obras según la Ley, proclamó un solo mensaje: Jesucristo crucificado. Fue este mensaje el que abrió el corazón de Lidia.

Oh, congregación, ¡qué bendición es cuando nuestro corazón se abre a este mensaje, que parece casi imposible de creer! Que Dios hubiera enviado a Su Hijo Unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, más tenga vida eterna (Juan 3:16).

El corazón de Lidia fue ganado para ser salvo y justificado por este Jesús. Ella no confió en sus propias obras o méritos, sino que se rindió completamente ante el Señor Jesús proclamado. Con todo su corazón aceptó el plan de redención de Dios para salvar a pecadores de una destrucción merecida. Así llegó a la conversión y a la fe. Su conversión y fe produjeron frutos que demostraron la autenticidad de su transformación. De esto trata el tercer punto.

Nuestro tercer pensamiento. El corazón de Lidia después de su conversión. **Primero, Cantemos.** Salterio 381:1,2.

Congregación, leemos en el siguiente pasaje de nuestro texto: “*Y cuando fue bautizada, y su familia*” ... Lidia fue bautizada, lo que implica que Pablo y sus compañeros también hablaron sobre el bautismo. En aquella época, era común que alguien que llegara a la fe fuera bautizado. El bautismo simbolizaba el entierro del viejo hombre, de la antigua vida, y el surgimiento como un nuevo hombre, un cristiano. Así que fueron bautizados.

El texto menciona también a *su familia*. Aunque no podemos saber con certeza si había niños, la palabra griega “oikia” se refiere a una familia en un sentido amplio. En aquel tiempo, una familia incluía no solo a los padres y a los hijos, sino también a los esclavos y a los empleados fieles. De cualquier manera, Lidia deseó que todos en su hogar fueran también bautizados.

Después de su bautismo, leemos que ella *“nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad”* (Hechos 16:14). Lidia invitó a Pablo y a sus compañeros a su casa para que fueran sus huéspedes. Ella quería proveer todo lo necesario para que pudieran continuar con su labor en la ciudad. Abrió su hogar al servicio del Señor y a Sus siervos, permitiendo que pudieran trabajar sin preocupaciones. Esto refleja un profundo amor por los siervos de Dios, por los hijos de Dios y por el Reino de Dios. Es una muestra del fruto de la verdadera conversión y fe. Lidia tomó públicamente el partido de Pablo y sus compañeros. Ella lo hizo público para todos. *“Estoy con estos señores. Se quedarán en mi casa. Quiero proveer por ellos y por sus labores. Hago mi casa disponible para el servicio de Cristo.”*

Así emergió una congregación en Filipos. Mas tarde Pablo escribiría una carta diciendo *“y a la iglesia que está en tu casa”* (Fil. 2). *En tu casa* porque la mayoría de las primeras iglesias se ubicaron en casas. Así fue como la cristiandad llegó a Europa.

Esto es muy especial, congregación. Pablo y sus compañeros querían ir a otro lugar, pero el Espíritu no se lo permitió. El Espíritu Santo guió a Pablo y a sus amigos hacia Europa, y por eso el Evangelio se extendió por todo ese continente y, eventualmente, a nuestro país. Podemos asombrarnos al ver nuestra propia situación y considerar que el evangelio sigue presente aquí. Esto es la fidelidad de Dios.

Hay aspectos importantes en esta historia. Primero, está la providencia de Dios que está sobre todo. Vemos que Su providencia guió todo para asegurar que Pablo y sus compañeros llegaran a Filipos, y que Lidia estuviera en el lugar adecuado cuando escucharon el evangelio de Cristo crucificado. No fueron coincidencias. El Señor guió todo por Su providencia. Dios lleva a Su pueblo a Su Palabra o Su Palabra a Su pueblo.

Presten particular atención a lo que Dios ya ha hecho en sus vidas. Él, en Su providencia, los ha traído bajo la Palabra, bajo el mensaje del Evangelio. Ustedes están entre los invitados a la boda. Los siervos llaman: *“Venid a las bodas.”* Sabemos que los invitados de Mateo 22 rehusaron venir. Estaban demasiado ocupados con otras cosas. Dijeron que no tenían tiempo, pero en realidad no querían venir. ¿Usted dice lo mismo, o está prestando atención al mensaje de Dios? ¿Ha ocurrido algo en su corazón? Niñas y niños, ¿ya está abierto su corazón? ¿Abierto al Señor Jesús y Su servicio?

¿Cómo puede saber si su corazón está abierto? Lo leemos en el ejemplo de Lidia: Ella estuvo atenta a lo que Pablo decía. Valoró y estimó el mensaje de Pablo. El mensaje tocó su corazón y se convirtió en algo precioso para ella. Su conversión se reflejó en la apertura de su corazón al Evangelio.

¿Ha sucedido esto en su vida? ¿Se ha abierto su corazón al Evangelio? ¿Hemos experimentado el milagro del Evangelio, que es tan misericordioso y lleno de gracia, y que habla del amor eterno de Dios — un amor tan grande que dio a Su Hijo Unigénito para expiar el pecado?

Es notable que la Persona Divina que realiza todo esto se queda en el fondo. Me refiero al Espíritu Santo, de quien Jesús dijo: *“No hablará por su propia cuenta”* (Jn 16:13). Él no está en primer plano, pero hace que Cristo reciba un lugar en el corazón del pecador.

No necesitan leer mucho más adelante en el capítulo para encontrar otra conversión — la del carcelero. ¡Qué diferente fue su conversión! A Lidia le faltó el terremoto, la luz divina que iluminó la oscuridad de la prisión del carcelero. No había puertas y cadenas quebradas con Lidia. La conversión de Lidia no fue espectacular ni dramática. Y así puede ser con nosotros. Pero la cosa más importante es que su corazón se abrió al Evangelio. De eso se trata.

Permítanme ilustrarlo con un ejemplo de la antigua Escocia. En siglos pasados, si uno quería participar en la Santa Cena en Escocia, debía ir al consistorio y compartir su experiencia de conversión. El consistorio decidía si otorgar o no una medalla de comunión. En tiempos de persecución, la Santa Cena se celebraba en lugares remotos, como en las Tierras Altas de Escocia. Si había una celebración de la Santa Cena en la región, gente de todas partes venía a participar. El pastor que la administraba no conocía a todos, por lo que se requería mostrar la medalla recibida del consistorio.

Una mujer fue al consistorio y expresó su deseo de participar en la Santa Cena. Tuvo que hablar de su conversión y cómo llegó a la fe en Jesucristo, pero no pudo expresarse con claridad. Los miembros del consistorio le dijeron: “No tenemos libertad para darte una medalla.” La mujer se quebró y dijo: “No puedo decir cómo ocurrió. No sé si Jesús entró por la puerta o si cavó un hueco en la pared y entró así, ¡pero antes no estaba en mi corazón y ahora está!”

Miren, eso es lo principal. Ella recibió la medalla de comunión. ¿Es tu corazón, es su corazón abierto ya? ¿Está Cristo sentado como Rey en el trono de su corazón?

Amén.

Último Salterio 174:3